

# EL GRÁFICO

## Nuestros medallones



BLASCO IBÁÑEZ,  
Diputado republicano por Valencia.

Blasco Ibañez, como toda personalidad de gran relieve, no necesita biografía. La lleva consigo el nombre. La mitad de su corazón está siempre dispuesta al ruido y a la batalla; otra mitad se consagra al apacible retiro del campo y a las delicadezas literarias.



RODRIGO SORIANO,  
Diputado republicano por Valencia.

Llegó a Valencia con la «pátina» aristocrática que suponen abolengo, fortuna, relaciones, estudios, preferencias del espíritu. Aprendió de su antiguo maestro y amigo Blasco Ibañez demagogia, y hoy dice en *El Radical* que puede dar lecciones a quien le enseñó.

## EL RETRATO DE DON QUIJOTE

Hasta la fecha, ningún artista acertara con la expresión del ingenioso hidalgo. Maestros del pincel y del lápiz estrelláronse ante la figura de Don Quijote. Ateniéndose a las palabras de Cervantes, todos le representaron como hombre de complexión recia, seco de carnes y ojuto de rostro; pero nadie supo infundirle el espíritu, caballaresco y noble, que en generoso desvarío sembrara el bien y distri-

buera la justicia por las llanuras manchegas.

Yo juzgo estéril y vano cuanto se haga en este sentido. Siervanas las escenas pintadas del Quijote para conocer otras figuras y otros tipos, producto de la observación de Cervantes en su existencia pobre y azarosa. El venturoso socarrón y ventrudo, la sucia maritornes, el barbero y el cura, los galeotes y los yangueses, viven en los lienzos con la misma intensidad y justeza que en las palabras de Cervantes. Son almas vulgarísimas, espíritus petrificados, ó movidos de groseros estímulos, de ruindad y

estrenó en el antiguo teatro de la Alhambra (hoy Moderno), en una temporada de primavera y estando constituidos en empresa los principales artistas de la Compañía que la estrenó. El éxito fué grande, las entradas eran buenas, y autor y cómicos estaban contentísimos.

Todo marchaba como sobre ruedas, cuando una tarde, a la séptima representación, se presentó en el teatro el editor de Palencia a prohibir la obra, en nombre de su administrador; y al preguntarle el motivo de medida tan inesperada, brutal y ofensiva, contestó tranquilamente que «por ocultación de ingresos»: lo que, traducido al romance vulgar, quería decir que «estaban robando al autor». Una vez comunicada la orden, el editor se marchó con la misma tranquilidad; porque era, y es, hombre muy tranquilo.

Renunció a describir el *jollín* que se armó después de la feroz acometida. Figúrese el lector la explosión formidable de la indignación más tremenda, y andará cerca de la verdad.

\*

Tenia por entonces Ceferino Palencia un amigo y compañero a quien querían y distinguían mucho los cómicos de la Alhambra. Cuando el amigo fué al teatro aquella noche y se enteró del lío perjudicial en que se había metido el joven Ceferino, en lugar de alegrarse, como es uso y costumbre entre compañeros, se propuso enmendar la falta de su amigo; y, al efecto, preguntó a los irritados actores:

—¿Me autorizan ustedes para arreglar este asunto en beneficio de todos, sin menoscabo de la dignidad de ustedes y del autor de la obra?

—No hay arreglo posible—contestó airadamente la Tubau, que estaba irridadísima.

Balbina Valverde, Julián Romea, Ramón Rosell y Elías Aguirre, que eran Empresa con la Tubau, adoptaron un temperamento conciliador y autorizaron al amigo de Palencia para que arreglase el asunto.

Fran las nueve de la noche; la comedia estaba prohibida para el día siguiente, y había que arreglar el asunto en dos ó tres horas, al objeto de poder enviar el cartel a la imprenta aquella misma noche, a las doce ó la una.

El mediador sabía dónde podría encontrar a Palencia a aquella hora... y lo encontró.

Empezó por regañarle como a un chico que, inconscientemente, comete una travesura, y después le demostró que él (Palencia) era el prime perjudicado, en todos sentidos, con aquella insensata prohibición.

En primer lugar, había ofendido gravemente sin sombra de motivo, a personas decentísimas artistas notables y prestigiosos que le habían hecho el favor señalado de aceptar su segunda obra, después de haber fracasado en la primera con lo cual resultaba el buen Ceferino, además de calumniador, ingrato. La enemistad justificada de aquellos artistas, al principio de su carrera tampoco era cosa despreciable.

Aparte esas consideraciones importantísimas, había otra de un peso abrumador. Obra que sólo alcanza en Madrid siete representaciones, sea por lo que sea, no hay manera de que entre en el repertorio. Moriría, pues, *Carrera de obstáculos* en la séptima representación. ¿Valía la pena haber obtenido un éxito brillante para ese resultado? Al perjuicio del autor, que vería morir su obra apenas nacida, se unía el perjuicio de aquellos artistas, que no tenían otra obra que hacer ni tiempo para ensayarla, y que se habían asociado tan sólo para aquel estreno. Y todo, ¿por qué? Por una imprudencia agravísima, que no tenía ni sombra de justificación.

Palencia quedó aterrado al oír tales razonamientos.

—¿Y qué hago yo ahora?—exclamó trágicamente.

—Vamos a confeccionar una carta *habladosa*, procurando arreglar el asunto satisfactoriamente—le replicó su amigo.

Como alguien tenía que quedar mal, ambos convinieron en *sacrificar* al editor, echándole la culpa de lo ocurrido. Palencia, que no tenía experiencia en cosas de teatro, había sido mal aconsejado... etc., etc. En la carta daba el autor cumplida satisfacción a los artistas, «de cuya honradez administrativa jamás había dudado», y autorizaba la representación de su obra. El amigo *voló* al teatro con aquella carta; la Empresa aceptó de buen grado las explicaciones (con una sola excepción), y el editor quedó a los pies de los caballos.

\*

A la siguiente noche se presentó Palencia en el teatro, acompañado de su amigo, y cuarto por cuarto fué visitando a los actores empresarios. Todos recibieron bien al autor arrepentido... menos la Tubau. Esta señora aún no había digerido la ofensa, y recibió al *ofensor* fríamente, le reconvinó con cierta dureza y le despidió con una frase breve y seca. Comentóse la entrevista, y a la Valverde le pareció inusitado aquel rigor.

No obstante la actitud de la Tubau, todo volvió a su estado normal, como si nada hubiera sucedido, y Palencia tornó a ser para *casi* todos el niño mimado, pues además de ser el autor que *daba dinero*, era alegre y expansivo hasta la exageración.

\*

Después de aquella tremolina, y al objeto de reforzar *Carrera de obstáculos*, había escrito Palencia, en colaboración con su amigo, una obra de circunstancias titulada *Aves y flores*, a propósito de la Exposición que con el mismo título se verificaba a la sazón en los Jardines del Retiro.

En uno de los primeros ensayos de dicha obra se le ocurrió a Palencia la desdichada idea de hacer una observación a la Tubau... y—¡aquí te quiero, escopeta!—la Tubau se disparó, descargando sobre Ceferino todo el peso de su mal re-

## LA PRINCESA VICTORIA PATRICIA



Bellísima, joven, cercana al catolicismo, según dicen los periódicos de toda Europa, es otra de las que se citan como posible Reina de España.

Asegúrase que el Rey de Inglaterra, interrogado acerca de rumores de enlace del Rey don Alfonso XIII con la Princesa, contestó que lo vería muy complacido; pero que él veía siempre en las mujeres de su familia casadas con Príncipes extranjeros una persona querida que pierde la nacionalidad. Estima el Rey Eduardo que es e amor cosa muy santa, pero de escasa relación con la política internacional.

Ignoramos el fundamento que las versiones sobre el casamiento Regio puedan tener; pero ello es que por la Prensa más seria circulan y que en los círculos diplomáticos se cotizan hace algún tiempo.



S. A. LA PRINCESA MARIA LUISA DE ORLEANS

Reuné la Princesa Luisa los tres blasones de que hablara el Rey Católico al tiempo de presentar ante los nobles a la Reina Germana: el del linaje, el de la virtud y el de la hermosura.

Ha vivido en Sevilla, y allí ha logrado la simpatía de todos.

Desde que S. M. el Rey visitó la capital andaluza, viene citándose a esta linda Princesa como candidata al Regio cástamo.

Si la elección recayera en ella, afirman cuantos la conocen que sabría generalizar la simpatía alcanzada en una ciudad, en toda la nación.

de hujaza. Y quién no recuerda de unos ojos que trasluzcan villanos egoísmos, de un rostro que encierra deslealtades, de unos brazos que arrojan piedras contra aquel que su liberalidad les proporciona?

En el curso de la vida tropezaremos con sentimientos e ideas de venteros y maritornes, de galeotes y de yangueses; pero nunca, ni a ojos de cuerdo ni a mirar de loco, veremos animar el espíritu que, con pago de burlas, de pedradus y de coces, defiende a los menesterosos y ampara a los desvalidos.

Antes del día, por la puerta falsa del corral Don Quijote sale al campo. Abandona el vagar y el reposo de su vida de hidalgo pobre por la dureza de su profesión de andante caballero. Su mirada, lejana y recta de hijo de llanura, se pierda como un surco de la tierra en los horizontes azules. Allí, en la planicie de la Mancha, hay gente que llora desventuras, viudas y huérfanos que reclaman el vigoroso empuje de su brazo.

Don Quijote se afirma en los estribos, empuña la lanza, y el rocín manso trote como corcel de guerra.

En aquel instante, ¿cómo brillarían los ojos del hidalgo!

Jamás artista alguno acertará a dar al rostro seco y al cuerpo flaco la expresión de aquella su gentil locura!

Enrique de MESA

## MEMORIAS ÍNTIMAS DEL TEATRO

### COMPLEMENTO

En el artículo que publicó no hace mucho Ceferino Palencia, destinado a contar las cosas íntimas que le ocurrieron en los comienzos de su carrera literaria, noto una omisión importante en lo relativo al estreno y desarrollo de su obra *Carrera de obstáculos*; omisión que me propongo llenar aquí, por lo cual estas líneas vendrán a ser el complemento de aquel artículo.

*Carrera de obstáculos* era la segunda comedia de Palencia (la primera tuvo poca fortuna), y se

buera la justicia por las llanuras manchegas.

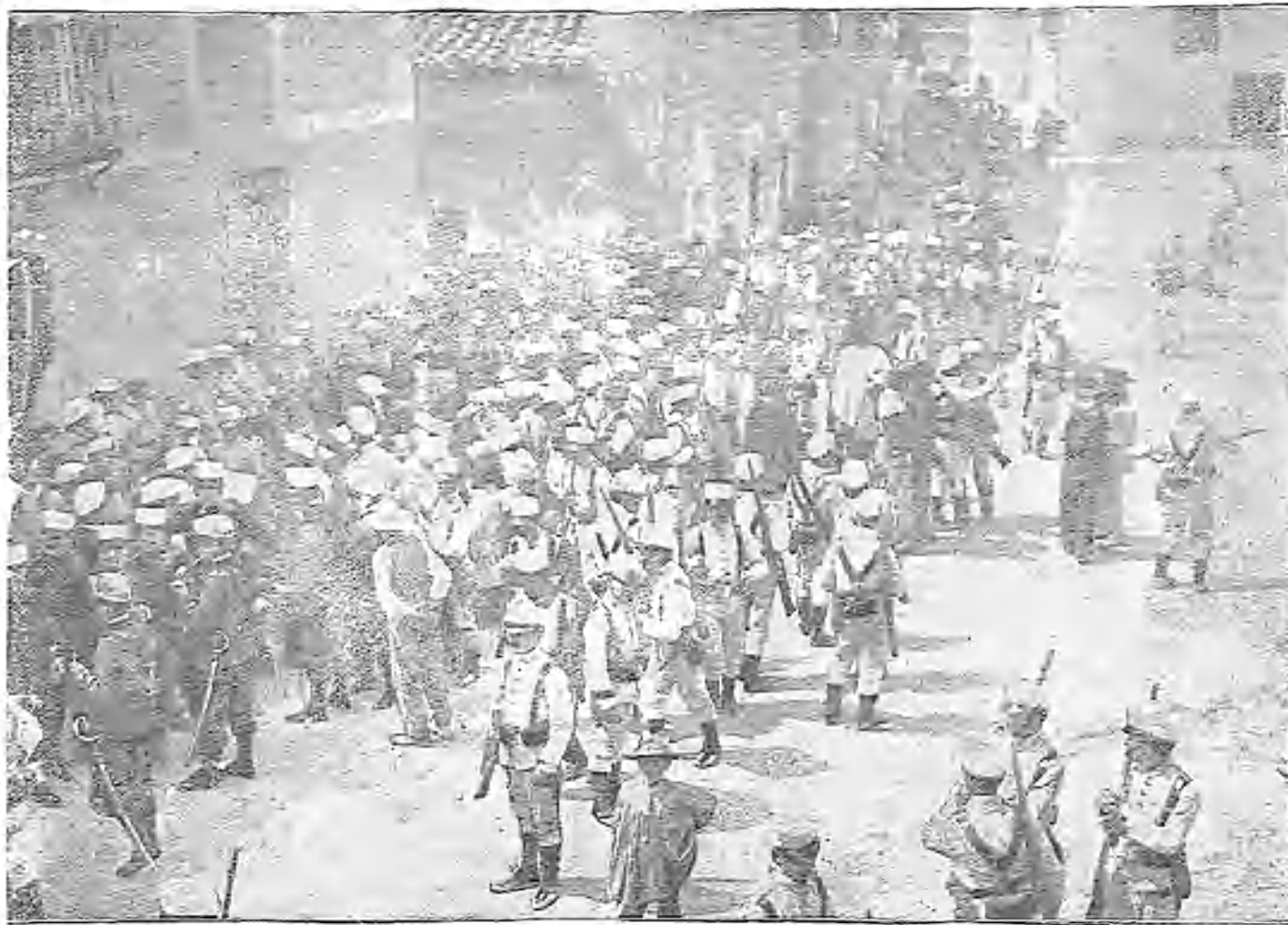
Pintáronle unos en el alborocar de su gentil locura.

En el silencio de la casa aldeana, el buen Quijano dió a leer los libros de caballerías. Palmerines y Belianises, con sus quiméricas aventuras, lejan la red de ensueño que hubo de aprisionar el juicio del hidalgo razonador y prudente. Por la ventana de cuarterones penetra, en rayos de luz deslumbradora, el sol de la Mancha. Con mucho de olvido y herrumbre de abandono, en un rincón yacen las viejas armas—el espaldar y el peto, el lanzón, la espada—. Aún Sancho cultiva su pegalal, y el rocín manso se emplea en los humildes menesteres de la vida llanera.

Dibujáronle otros en los más peligrosos empeños de sus andanzas locas. Ante los cabreros, que atónitos le escuchan, Don Quijote recuerda aquellos dorados siglos en que no había ni tuyo ni mío, mientras que Panza embaula lasaja y da tientos al zaque. Un venturo, malencante y pícaro, le administra la pescocada y el espaldarazo; una moza del partido le calza la espuela, otra le ciñe la espada. Las aspas de un molino—desaforado gigante—le derriban maltrecho. Y al vencedor de caballeros, mozos de mula, le dejan sobre el campo, molido como cibera.

Peró ni en el amanecer de su desvarío, ni al culminar en el meridiano su locura, acertaron nuestros artistas con la representación de Don Quijote. No pudieron los brazos del pincel ni los rasgos de la pluma encerrar en la cárcel del cuerpo el alma del manchego loco. Acaso porque viva en todas las imaginaciones, no puede brotar de una sola. Y es que nunca vimos asomar a humanos ojos espíritu tan alto y generoso, y jamás tales sentimientos y anhelos de bien y de justicia vivieran hormanzados, haciendo latir un corazón de hombre.

¿En qué líneas puede encerrarse, qué pinceladas darán la expresión al rostro, la gallardía al continente?



EN LA PLAZA DEL PUEBLO

primida cólera. Después de preguntarle: «¿Va usted a enseñarme a hacer comedias?», le largó una rociada de padre y señor mío, concluyendo con la siguiente frase: «Y conste que hago esta obra únicamente por consideración a su colaborador.» El escenario estaba lleno de gente, y Palencia en ridículo. El colaborador, después de pedir el ejemplar de *Aves y Flores*, dijo a la señora Tubau:

—Agradezco esa consideración; pero cuando una obra es de dos autores, no se puede ni se debe hacer por consideración a uno solo. Me llevo, pues, la obra. Señores, se ha concluido el ensayo.

—Lo siento por usted—concluyó la Tubau. Se fueron los dos amigos, pasó la oportunidad, y *Aves y Flores* no se ha hecho todavía. Y ha llovido desde entonces.

\*

Algún tiempo después de aquel *altercado*, casada ya la Tubau con el autor de *Carrera de obstáculos*, el amigo y colaborador de Palencia decía con cierta cómica amargura:

—Si yo hubiera podido prever este resultado, lo dejo en ridículo *aquel día*, en la seguridad de que, andando el tiempo, todo había de quedarse en casa: el ridículo y la mitad de los derechos (y de la gloria) de *Aves y Flores*.

CÓRCHOLIS

## PASEOS MILITARES

El regimiento de Covadonga en Villaverde

Terminada la instrucción de los reclutas, dedícanse estos días los regimientos que guarnecen esta capital a efectuar paseos militares, en los que se practica el servicio de campaña y el de seguridad en marcha y en vivac, todo ello dentro del reducido margen en que permiten moverse, de un lado, la escasez de fuerza que hoy tienen los Cuerpos; de otro, los campos sembrados, que, como es lógico, reducen la esfera de acción de estas columnas casi exclusivamente a las carreteras y caminos.

Sabiendo preservar al soldado de los rigores del calor, que ya se deja sentir estos días, los paseos militares de que venimos ocupándonos tienen para la oficialidad y para la tropa dos positivas ventajas: primera, vigorizan las fuerzas físicas y son unos saludables ejercicios higiénicos; y segunda, rompen la monotonía de la vida de cuartel y acostumbra a todos, a los militares y a los paisanos de los pueblos que aquellos visitan, a mil vulgares incidencias de la vida de campaña, que, por lo que al Ejército afectan, contribuyen no poco a formar el hombre de guerra.

El regimiento Infantería de Covadonga efectuó el miércoles último uno de estos paseos militares, dirigiéndose por la mañana desde su cuartel al cercano pueblo de Villaverde, donde la tropa, como si estuviese en campaña y sin otros elementos que los que el soldado puede llevar sobre sí, comió una succulenta *paella*, regresando a la caída de la tarde a su alojamiento.

A la ida y a la vuelta, el regimiento, a las órdenes de su coronel D. Leopoldo Heredia, y formando dos batallones, que mandaban el teniente coronel Sr. Cabrero y el comandante señor Meana, practicó diversos reconocimientos y el servicio de seguridad, estableciendo, al ocupar el pueblo y en sus afueras, diversas avanzadas,

que cubrían los diversos caminos que a él conducen.

Durante las horas que Covadonga estuvo en Villaverde se suspendió por completo la normalidad de la vida del lugar.

Lanzáronse a la calle mozas y mozos; se vio bien pronto a aquellas cambiar sus atavíos ordinarios por los de días festivos, y entre chicleos y carcajadas, destacóse en las callejuelas y pequeñas plazas del pueblo el característico buen humor del soldado español y la coquetona alegría de la mujer que muy justamente se ve requiebrada por su hermosura.

Por la tarde, la música del regimiento ejecutó, en la Plaza del Sol, diversas piezas de su brillante repertorio, y cuando mayor era el bullicio y la animación y con más entusiasmo se bailaba, el cornetín de órdenes del coronel dejó oír las alarmantes notas del toque de *general*, que acusaba la inopinada presencia de un supuesto enemigo y que llamaba a todos inmediatamente a las armas.

El cuadro que entonces ofreció la Plaza fué tan curioso como interesante. Callaron de repente los acordes de la música y en dos minutos quedáren correctamente formadas, en los

puntos que previamente marcaron sus banderines, las ocho compañías del 40.º de línea.

Cuando, a las cinco de la tarde, camino de Madrid ya los soldados de Covadonga, se destacaba, allá en la lejanía de la carretera, la blancura de las fundas de sus roses sobre el parduzco color del campo, nosotros pensábamos que de estos paseos militares se podría sacar mucho más partido para la instrucción militar organizando en ellos alguna pequeña operación ó maniobra de doble acción.

JULIO AMADO

### Cuadrúpedos calvos

En las Indias Occidentales, especialmente en las islas de Bahama, suelen quedarse los burros calvos, y esto, que parece un contrasentido paradójico, tiene una explicación muy sencilla.

Existe una planta de forraje, llamada el *yunte*, ó tamarindo salvaje, que tiene la propiedad de provocar la calvicie más extraña que darse pueda entre todos los caballos, asnos y puercos que se alimenten con ella.

A los caballos, que es a quien más afecta esta alimentación, se les caen todas las crines, que-

dándoles sólo la carne sobre el hueso y dándoles a sus cabezas el aspecto de bananas en conserva.

A los cerdos se les cae hasta su último pelo, incluso el rabo, lo cual hace que estén muy poco apetitosos a la vista.

Esta comida, que tan desastrosos efectos estéticos les produce a tan estimables animales, no les acarrea los más mínimos daños en su salud; antes bien, en cuanto dejan de comer el *yunte*, les vuelve a crecer el pelo.

En cambio, los bueyes, las cabras y los cerdos lo comen impunemente, porque no hay yerbucitos para ellos.

MADRILEÑAS

## DE SIETE A OCHO

Son las siete de la tarde; es la hora alegre de Madrid. En las calles, invadidas por la multitud, se hace difícil el tránsito. ¡Oh, cómo están esa Puerta del Sol y esa calle de Alcalá y esa Carrera de San Jerónimo! Parece que toda la vida de la población ha afluído a ellas. ¡Cuánta gente! ¡Cuánta animación! ¡Ni en los grandes «boulevares» de París!

Son las siete de la tarde; es la hora en que termina el trabajo y comienza el descanso; es la hora alegre de Madrid.

¡Qué placer sentirse libre después de un día de esclavitud! Ya no hay que acordarse hasta mañana del obrador, del taller, del almacén, de la oficina...

De siete a ocho, ni un minuto más ni un minuto menos, le ha sido prohibida la entrada en Madrid a nuestra madre la Tristeza. ¡Una hora de alegría bien vale todo un día de lucha!

\*

¡Las obreras madrileñas, las modistillas, las señoritas de mostrador y de escritorio! ¡Nada tan bonito como ellas! Hay que verlas y hay que admirarlas. Al salir del almacén ó del taller, con la graciosa mantilla a la cabeza, la faldita de merino graciosamente recogida, los zapaticos de charol, cualquiera las tomaría por duquesas.

No; pero, desgraciadamente, ninguna de ellas pertenece a la aristocracia; ninguna de ellas posee títulos nobiliarios.

La más elegante, la más distinguida aquella que llama más vuestra atención, es hija de un carnicero, ó, cuando más, de un empleado, cesante desde los tiempos de la República.

En cambio, todas pertenecen a la aristocracia de la Belleza. La menos bonita es rubia, y además de rubia, graciosa, y además de graciosa, coqueta.

Pero, en general, son encantadoras.

Pueden ustedes escoger; las hay para todos los gustos: blancas, morenas, pálidas, de ojos negros,—¡oh, muy negros!—de ojos azules, gruesecitas, delgadas... —¡Qué variedad hay en tu vida, Señor! Y luego, ¡qué elegancia en los movimientos, qué gracia en el andar, qué coqueteo en el reír, qué malicia en el mirar!



PREPARANDO EL SERVICIO



UN RASO DE EXPANSIÓN

Ellas son, de siete á ocho de la tarde, la nota alegre de Madrid; ellas hermanan la capital con su presencia y la animan con sus voces y sus carcajadas.

\*

No, no penséis mal de esas muchachas, porque son pobres, y porque son jóvenes y porque son bonitas. ¡Si supieran ustedes que, «por ayudar á la casa», no tienen otra ropa sino la que llevan puesta, y que la más rica de ellas no guarda de ordinario en el portamonedas más que los diez céntimos indispensables para el tranvía!

¡Oh, eso sí; todas tienen novio, ese primer novio de que hablaba Daudet: el Amor!

Algunas, muy pocas, se pierden.— ¡Madrid está tan lleno de tentaciones!— Pero las más permanecen fuertes ante la seducción del lujo y de los placeres. De entre ellas podrá salir alguna Naná; pero, en cambio, salen tantas Mimi como la de Murger!

Porque las obreras madrileñas son esencialmente románticas. Amamantadas literariamente por Pérez Escrich, creen en el triunfo constante de la virtud sobre el vicio y en todas las idealidades cantadas por los novelistas baratos.

Estas pobres niñas podrán ser santas mujeres del hogar, si el hombre á quien aman no las engaña. Ellas se entregan á él confiadas, porque creen en la inmortalidad del amor, según las han enseñado en las novelas. ¡Y los personajes de la vida real se parecen tan poco á los personajes de Pérez Escrich!

\*

Considerad que esas cabezitas rubias, ligeras como las de los pájaros, dirigen una gran parte del comercio de Madrid.

Esas manitas enguantadas tienen los dedos ó llenos de tinta ó picados por la aguja.—Ya lo dijo Víctor Hugo: «La mujer que quiera ser honrada no debe tener piedad de sus manos.»

Desde las nueve de la mañana á las siete de la tarde, esas pobres muchachas trabajan sin descanso para que prospere el comercio de la villa y corte, y el ministro de Hacienda pueda cobrar fácilmente sus contribuciones.

Ya sonó la hora del reposo. Dejadas que rían y alboroten y que alegren las calles con su presencia.

Y miradlas, miradlas. ¿Verdad que viéndolas se siente la necesidad de amar, y la vida no nos parece tan mala y la felicidad no nos parece tan imposible?

MIGUEL SANJA

Página del libro nuevo *Ave Fémica*, que mañana aparecerá en las librerías.

JUEGOS DE SOCIEDAD

EL EQUILIBRIO Y LA FUERZA

Llega el otoño, con su temperatura caprichosa e incierta, y en seguida el invierno. Se les presenta á los chicos un día de fiesta, y todo es júbilo y alborozo en la chiquillería, que unos tienen proyectado una partida de campo, otros un buen paseo ó una gran carrera de bicicletas. Pero ¡ay, que el sol no ha querido tomar parte en los juegos infantiles! Lluève... Lluève tenazmente. Una lluvia fría y tenaz, cuyo fin no prevé el barómetro, encierra á la gente menuda en casa, que, mustia y cariacontecida, está con las caritas pegadas á los vidrios del balcón, esperando, impaciente, un sol que no saldrá.

Sin embargo, hay que entretener á los niños, y no es difícil la empresa, porque este pequeño mundo no pide más que reír y divertirse, y así, muy pronto se le hará olvidar su día de fiesta fracasado.

Y todo tiene que ser improvisado, porque no siempre se tiene á mano ni el teatro Guñol, ni muñecos, ni aparatos de ninguna clase, ni prestidigitador, y además que muchas veces los juegos son muy conocidos y cansan pronto.

Pues para obviarlo todo, nada más fácil que un poco de física divertida, la cual será un elemento sencillo que permitirá renovar constantemente los juegos, aunque guardándose muy mucho de exponer teorías rimbombantes y aparatosas que revistan caracteres de lección, sino

po es atraído á la tierra por una fuerza poderosa, y para que se pueda mantener en equilibrio en el suelo por uno ó varios sitios, es preciso, dicen los físicos, que su centro de gravedad esté verticalmente sobre sus puntos de apoyo. El cuerpo humano, como los otros, está sometido á esta misma ley, como es natural, y á eso es debido el que, si nos inclinamos demasiado fuera de nues-



tro centro de gravedad, es decir, á un lado ó á otro, nos caigamos infaliblemente, á menos que no hagamos contra-equilibrio ó contra-apoyo con una pierna ó un brazo del lado contrario. Sin embargo, se puede uno quedar en perfecto equilibrio con sólo la punta del pie como apoyo; pero para ello es preciso calcular bien la posición del cuerpo, y si, como es natural, no quiere uno caerse, adquirir cierta rigidez sin inclinarse á izquierda ni á derecha.

En virtud de este principio anda el acróbata en la cuerda tirante.

No es preciso desenvolver toda esta teoría delante de las atónitas cabezitas que os escuchan y os rodean. Será suficiente demostrar la aplicación de ella con algunos ejemplos bien escogidos. La cabeza de un amigo de ellos que se preste á un ensayo hará siempre reír á los camaradas, porque no hay nada más divertido que los gestos y contorsiones del que quiere conservar el equilibrio y no lo logra más que á costa de enormes esfuerzos.

Tracemos una raya sobre el piso y pongamos á cualquiera de los niños delante de ella con los pies juntos de tal suerte que las botas corten en su punto medio la raya; póngase una caja de cerillas á una distancia de la línea trazada, igual al largo de tres pies, y dígame al niño que haga saltar la caja de un puntapié sin mover el otro y recogiendo en seguida por encima de la línea y sin tocar al suelo.

Pues bien, esto parece facilísimo, y sin embargo ensayémoslo y veremos que no se llega á hacerlo de primera intención, sino después de haberlo ensayado muy lentamente.

sólo hacer cosas, con las cuales seguramente se obtiene pronto un legítimo éxito cerca de un público que, como el infantil, no es ciertamente avaro de sus aplausos y risotadas cuando se le sabe entretener.

¡Y vamos á empezar!... Amiguitos: todos conocéis las leyes de la gravedad, ¿no es cierto? Bueno; pues, entonces, ya sabéis que todo cuer-

GRAN PRIX DE PARÍS.—EL CABALLO EN TRIUNFO



En Madrid la multitud rodea á los toreros. En París á los caballos. Admiran los unos por su gentileza y su valor, los otros por sus piernas y por su estampa. Difícil es, ante uno y otro extremo, decir hacia qué lado del mundo cae la verdadera civilización

Hay otra experiencia análoga, que hará reír mucho. Consiste en asir con los dientes un objeto que esté en el suelo; y esto, que es sencillo, si se nos deja la libertad de nuestros movimientos, se complica bastante si se impide, por ejemplo, el poder estirar uno de los brazos para guardar el equilibrio, cosa absolutamente necesaria para inclinarse.

Pues esto es, ni más ni menos, semejante á



una de esas figuras de cotillón en las que la dama invita á su pareja á coger con los dientes por el ala un sombrero de copa que esté en el suelo. De donde se puede advertir de paso, que los hombres no somos más que niños grandes. Las dificultades de este juego se pueden aumentar del modo siguiente: se adelanta el pie derecho, se sostiene el pie izquierdo con la mano derecha y se agarra uno la oreja derecha con la mano izquierda.

Hay que convenir que no es muy cómodo de conservar el equilibrio en semejante postura. Y si á esto se añade que hay que erigirse y asir con los dientes una revista ó folleto abiertos y puestos en el suelo delante de uno, se pasarán indefectiblemente las grandes fatigas para evitarse una estrepitosa caída. Habrá, por lo tanto, que recomendar se hagan las primeras experiencias de este juego sobre una alfombra lo más espesa y mollida... por si acaso.

Veamos ahora, después de los ejercicios de equilibrista, cómo ensayamos algunos de fuerza. Pero nada de fuerza brutal, sino todo lo contrario; hay que dirigirse á demostrar que la fuerza, para cumplir su verdadero fin, debe estar bien dirigida y probar que, por medio de las más sencillas combinaciones, pueden contraerse, hasta anularlos, los esfuerzos de los más potentes músculos del cuerpo.

Lo que siempre tiene gran éxito es la experiencia de los puños cerrados, y que consiste en colocarse con los puños cerrados, uno sobre otro, encuadrándose, muy justos los brazos, tocando los codos al talle cuanto se pueda.

Pues bien; cuando se trata de separar en sentido vertical los puños así unidos, ven siempre con sorpresa los que lo intentan que es imposible, y les es muy difícil creer que sea sólo la unión sencilla de los puños, como se les habrá advertido, la única fuerza que lo impida. Es claro que cuando la persona que lo haga sea de fuerzas muy superiores á la que cierra los puños, la experiencia no resultará, porque se trata de que se ejecute el juego entre gentes próximamente de la misma edad y corpulencia.

Pero hay algo mejor. Modifiquemos un poco la posición de los brazos, teniéndolos siempre junto al tórax, pero alargados en posición horizontal. Se continúa con los puños cerrados, pero se alarga el índice de cada mano de modo que los dos dedos se toquen. Cuando estén así colocados, ya se puede apostar impunemente con cualquiera á que no puede separar los puños.

Todo el mundo la aceptará y todo el mundo perderá indefectiblemente la apuesta, y verán



estupefactos que, no obstante su esfuerzo considerable, no se pueden separar dos manos que sólo las unen los dos índices.

Otra experiencia bonita es la de los codos en la mesa. Para esto es preciso sentarse junto al borde de una mesa, al lado de una persona que se preste al ensayo. Se ponen los codos en contacto con el borde, se elevan verticalmente los antebrazos, uno contra otro, se cierran los

puños, y entonces se le dice al vecino si se atreve á tumbarlos el brazo dentro del plano perpendicular que forma la postura del brazo asido en su puño derecho por la mano derecha del experimentador. Pues á pesar de toda la fuerza que despliegue, con muy poca resistencia que se oponga le será imposible realizar su intento.

Todos estos fenómenos tienen una explicación muy natural. Es cuestión elemental de mecánica y de anatomía.

Sábese que nuestros músculos hacen el papel mecánico de elevadores y cómo el esfuerzo útil producido por un elevador varía considerablemente según el sitio que ocupa el punto de apoyo con relación al objeto que se pretende subir y según la dirección de la fuerza que lo pone en movimiento. Inconscientemente todos nos damos cuenta de esta ley, pues para elevar cualquier objeto de peso tanteamos siempre el modo de cogerlo.

Por lo tanto, para realizar la experiencia del codo en la mesa, el secreto para conseguirlo estará únicamente en atraer el antebrazo á nosotros, porque así se habrá cambiado la dirección del elevador y nuestros músculos *biceps*.

En el juego de los puños cerrados, si en lugar de asir los mismos puños, cosa que produce una enorme separación de fuerzas al que lo ejecuta, desfavorable por completo al juego simultáneo de los dos antebrazos, se le cogen al contrario las manos, se les separarán los puños casi sin ningún trabajo.

Para terminar, mencionaremos otro juego que no deja tampoco de tener gracia.

Apoyando la frente sobre el puño de un bastón sostenido verticalmente y mirando fijamente la contera, se gira cuatro ó cinco veces alrededor de este eje. Se vuelve la cabeza, levantándola un poco, y con el mismo bastón trátase de tocar cualquier objeto pequeño que haya en el suelo y se verá que el aturdimiento es tan grande que imposibilita el hacerlo de todo punto; el bastón irá á derecha ó á izquierda, hacia adelante ó detrás, y toda la infantil concurrencia reír á mandíbula batiente al ver que no se acierta nunca.

FEMENINAS

Trajes de novia.—Rubias y morenas

Los caprichos de la Moda son numerosísimos; salimos casi á modificación diaria. Tiene tanto tiempo desocupado la tirana deidad!

Ahora se ha empeñado en variar totalmente las *toilettes* nupciales, y manda y ordena, con la despótica autoridad de quien sabe son acatados sus menores caprichos, que los trajes de novia sean rosa, azul celeste ó malva pálido; esto es la última palabra dictada por la diosa. ¿La obedecerán sus fieles súbditos? Es de esperar que sí; pues, para la mujer, resulta tarea fácil y agradable dejarse guiar siempre, y mucho más si se trata de asunto tan de su agrado como es el de las galas, cuerda sensible, flaco disculpable y disculpado del bello sexo. ¿Y cómo no ha de ser así, cuando, merced á los perfidos, se presentan las mujeres siempre atrayentes y sugestivas!

La mitad de la hermosura está en la tienda, dice un adagio vulgar, y las damas dejarían de serlo prácticas que la fama las pregona si se olvidaran de utilizar y apropiarse esa mitad de encantos fácilmente adquiribles.

Decíamos que los trajes de novia son objeto de una verdadera revolución. Bien haya quien la produce, si consigue desterrar por completo los sombríos, anties-téticos y antipáticos trajes negros!

He ahí un color que jamás debió usarse para las desposadas; hasta parece mal augurio una novia de negro. Cuando todo son esperanzas é ilusiones, alegría y contento, descomponen el cuadro la figura obscura de la joven.

Antes que seguir con esas *toilettes* tetricas, transijamos con la nueva moda. Hemos dado en llamar las esperanzas de color de rosa. La que se va á casar, debe llevar un caudal de esperanzas; no estará mal vestida de rosa.

El azul, que es el tono con el que la atmósfera nos finge el cielo, también es á propósito para las novias, que deben creer en la dicha del matrimonio como en el Paraíso prometido.

El tono malva puede alternar dignamente con todos ellos, como significado de que la mujer promete ser dulce y suave como una malva...

¿Que todos estos significados resultan falsos en numerosas ocasiones? ¿Y qué remedio? El matrimonio es una caja de sorpresas; la vida, una serie inacabable de desilusiones... Pero los trajes claros son bonitos y favorecen; deben, pues, ser indiscutiblemente acatados.

Ninguno de esos colores semi, no obstante, tan elegante y tan gráfico como el blanco. Es el verdadero color para trajes nupciales; las desposadas resultan, así ataviadas, dulces, poéticas, vaporosas, ideales...

Los tejidos que más se usan ahora son los crispados; el de China, el de seda, el *velvet*; las incrustaciones de verdadero óniz son el adorno favorito; algunos

LUZ ELÉCTRICA SUBMARINA



Las exploraciones en el fondo del mar, especialmente cuando las aguas están sucias ó muy turbias, como sucede, por lo general, dentro de los puertos, son muy difíciles, y los buzos necesitan auxilios de lámparas poderosas.

Para ello se utilizan hoy día lámparas de arco voltaico con todo el mecanismo regulador, encerrado dentro de una caja perfectamente impermeable al agua, con la parte superior de latón barnizado y la inferior de cristal grueso y de forma globular. Estas lámparas pueden resistir las más enormes presiones, y, por lo tanto, se pueden emplear á toda clase de profundidades.

A favor de ellas, los buzos pueden explorar el fondo del mar y ejecutar trabajos difíciles ó muy arriesgados, como son

los de buscar minas explosivas, que pueden de este modo ser descubiertas y localizadas á distancia, y, por lo tanto, sin peligro de provocar inadvertidamente su explosión.

Disponiendo de buques submarinos que puedan suministrar la corriente eléctrica necesaria para alimentar las referidas lámparas de arco voltaico, éstas se pueden utilizar en cualquier región del mar.

Nuestro grabado representa una instalación de esta clase, es decir, una lámpara alimentada por la energía eléctrica suministrada por un submarino, y el buzo trabajando á la luz que la lámpara produce.

Los japoneses emplean actualmente este sistema para limpiar de minas explosivas dormientes la bahía de Talianwan

trajes, sin embargo, se confacionan adornándolos con ricos bordados de plata y perlas menudísimas.

La forma *Princesa* tiene muchas partidarias; pero no á todas las favorece esa hechura.

Se hacen tentativas para que las formas y tocados modernistas sean adaptados para esas *toilettes*; pero dichas tendencias no acaban de triunfar, no encuentran el paso franco; realmente, los peinados modernistas hacen que la colocación del velo de tul resulte difícil y de dudoso buen gusto.

MARIA DE ATOCHA

LOS THIBETANOS

Los habitantes del Tíbet, que ahora constituyen un motivo grande de preocupación para los ingleses y para los rusos, son todavía los menos conocidos entre todos los pueblos del Universo.

Viven en unos valles inaccesibles, en los que no se penetra más que á costa de penosos esfuerzos. No obstante, en estos últimos años los ingleses, que todo lo preparan concienzudamente para sus fines, construyeron el camino pintoresco de Darjeeling, sobre el cual corre ya un ferrocarril que conduce hacia las mismas fronteras de esta región pintoresca.

Se extiende ésta sobre las más elevadas planicies del Himalaya, desde las cuales parecen dominarse como un fondo luminoso el inmenso imperio de las Indias británicas; pero para internarse en ella no hay más que un paso angostísimo por los desfiladeros, que cubren nieves eternas, situados en uno de los más elevados picos del Himalaya.

Aunque los habitantes son de origen himalayense y mongólico, son de sangre muy mezclada con los indios, pues conservan los rasgos de los retujados indostánicos que, cuando la lavasión musulmana, vinieron huyendo de los llanos del Gudi y de Bihar. Por eso, los jefes de las tribus más importantes poseen hoy muy seriamente, que tienen los mismos antecedentes que los rajás que reinan en la Rad japonesa.



**ACTUALIDAD CÓMICA**

¿Quién ha dicho que se va acabando la afición a los toros? ¿De dónde sacan ustedes que no hay dinero?

No hizo más que anunciarse la corrida a beneficio de la Prensa, y...

—Usted será socio, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Podría usted darme una cartita para que me faciliten seis tendidos de sombra, dos contrabarreras y tres mesetas de toril? Será un favor que no he de olvidar mientras viva. Se lo pido a usted por el alma de sus deudos más queridos; en cambio, disponga usted de la sangre de mis venas y de la de mi cuñada.

Personas que no me habían saludado nunca, y otras que ya no me saludaban, acudieron a mí, llenas de emoción, para utilizar mi nombre y obtener billetes a precio de despacho. Hasta hubo uno que me escribió una carta, diciendo:

«Sé que ha oído usted hablar a mi colorra desde la calle, y que ha quedado usted prendado de su dicción; pues bien, no tengo inconveniente en cedérsela por lo que me ha costado, con tal de que me proporcione usted una barrera del 1 para la corrida de la Prensa.

La expresada colorra tiene el doble mérito de parecerse al marqués del Vadillo, no



INDIA MINIMALDO POR JULIANA VERA PARA LA RIFA.—CORRESPONDÍO AL N.º. 2.555

sólo en la pronunciación, sino también en la caída de ojos.—Vale.»

Pocas corridas de toros han despertado mayor entusiasmo previo que la celebrada ayer tarde. Por la mañana estuve a ver a un joven alcoholero que vive «por» y «para» los alcoholes, sean ó no amilicos.

Creí encontrarlo sumido en un mar de reflexiones acerca de la vital cuestión alcoholera, pero me recibió sonriente.

—Y bien—le dije, imitando el estilo de los traductores de comedias al uso—¿habéis rehusado vuestro deseo? ¿Es por eso que te reencuentro joyoso?

—Déjame de alcoholes y zarandajas—contestó, estrechándome contra su corazón—. Lo que tengo es un tendido del 2 que da la hora.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí, loco de júbilo. ¡Poder contemplar de cerca a Fuentes! ¡Extasiarse en las verónicas de Bombita! ¡Admirar un quite de Machaquito! ¡Cuán amable es la vida!...

Fuíme luego a comprar unas botas hechas. El dueño de la zapatería me recibió como quien tiene un asunto urgentísimo entre manos y no está para perder el tiempo.

—¿Botas de dril ha dicho usted? Si, señor; aquí tiene usted un par, cosa elegante, quince pesetas; no encontrará usted otras mejores en ningún establecimiento. ¿Conviene? ¿No? Lo siento muchísimo; vaya, otro día será...

—Pero, oiga usted, maestro; yo no he dicho nada todavía.

—¿No? Creí que no eran de su agrado. Entonces pruébeselas usted. Yo no puedo ayudarle, porque este amigo y yo estamos esperando los billetes para la corrida y tenemos que hablar...

El maestro me dejó sólo con las botas y se fué a conferenciar con el amigo de referencia.

—Pues nada—le dije—, te vas a casa de Chivote, ya sabes quién es, el redactor de El Congreso Constitucional. Aguardiente, &, tercero, y le dices que te mando yo a por los billetes, y que si me falta que no se vuelva a presentar por aquí, como no sea para pagarme los tres duros y medio de las botas que se llevó para el banquete de Romanones.

Me probé las mías y no me entraban; pedí otro par, y el hombre me dijo que volviera otro día. Salí de aquella casa echando demonios, y fuíme a comprar unos lentes ahumados.

—El principal no está, y yo no sé de eso—me dijo el dependiente—. Como hoy es la corrida de la Prensa, va a ver si puede conseguir una grada del 8 pegada al 9.

Entré en el restaurant donde almuerzo casi todos los días.

—¿Y Bonifacio, el camarero?

—Hoy no sirve; está de toros.  
—¿Sabe usted cómo me sirve los huevos?  
—No, señor; pero tómelos usted hoy de cualquier modo, porque no es día de complacer a los parroquianos.  
¡Maria Santísima! ¡Qué perturbación! ¡Después dicen que no hay dinero, ni toros, ni toreros, ni Prensa!

LUIS TABOADA

**LA "RÓDILA,"**

La Rodila era una mala mujer, y su conducta escandalizaba a todo el pueblo, a aquella villa montañesa, virtuosa y rígida, que se escondía del mundo tras un adusto cerco de picachos.

Desde que Damián Rodiles murió sin dejar a su viuda, Cleta, más bienes de fortuna que el apodo con que era conocida por todo el pueblo, la Rodila, holgazana y viciosa, hizo cara a casados y mozos, y su procaacidad, su insolencia y desparpajo perturbaron la antes tranquila villa, rompiendo la uniforme virtud reinante en otro tiempo.

Fué en vano que el alcalde multara a la Rodila por escandalosa y pendericera; que el párroco la amenazara con terribles castigos; que las mujeres honradas la dieran de lado despreciativamente; la mala hembra se rió de todas las protestas, y perdurando en la liviandad de su vida, fué piedra de escándalo de sus convecinos.

Pero la villa se vengó de quien afrontaba su buen renombre, enclaustrando moralmente a la Rodila en el aislamiento hostil con que la intransigencia de los pueblos chicos castiga a las pecadoras. Así la Rodila vivió aislada; mal vista por los suyos, que la repudiaron; sin amigas, y sin mantener con el mundo más comunicaciones que aquellas capaces de aumentar la vergüenza de su vida. La odiosidad de las gentes se manifestaba en todos los momentos. Los chicos la injuriaban; su huerto y su corral eran los preferidos por los ladrones cuando tendía la ropa a

secar sobre los pedregales del río; había de vigilarla por miedo a que desapareciera. Si compraba algo, pagaba un sobreprecio; su casaca era la peor del pueblo y la más cara. Dos veces quiso mudarse; pero, hubo de desistir en su empeño, pues no encontró quien le arrendara otra. Las voces, las miradas, los gestos exteriorizaban el odio de los vecinos contra la hembra perdida y haragana que vivía sin trabajar, y aquella inquina aparecía aun en los mismos visitantes de la Rodila, condensándose en hurias y alguna vez en golpes. Mas el espíritu tosco de Cleta no se apesadumbra por tal desvío, y los desprecios y malos tratos no turbaban la soñolienta calma de su vida, semejante a la existencia dormilona de las reses que ruman ante los establos en las eternas noches invernales.

La Rodila se satisfacía con tener una olla repleta de coles y garbanzos, un guiso de patatas, un rincón junto al fuego y cuatro paredes que la protegieran. El abrigo de la casa era para Cleta don inapreciable, y sentía hacia los muros familiares un afecto profundo. Así, cuando, transcurriendo los años, se hizo vieja y se vió poco solicitada, sacrificó todo: olla, fuego, trajes, por conservar la casa, único refugio de su vida. Pero llegó un día en que no pudo pagar, y el casero la puso en la calle.

Aquel trance rastó toda su energía a la perultería. Su lengua, experta en lanzar insultos, pareció trabarse, y sin decir palabra, con semblante hosco, se alejó de la casa portando cuatro ó cinco lios de trapos, entre la gritería de los chiquillos que la siguieron algún trecho, mientras ante la puerta quedaban el camastro y la silla que la ley abandonaba a aquella mala pagadora. La Rodila, salió del pueblo.

Anochece ya cuando se encontró en el prado del ferial, desierto y triste hasta que llegase la primavera. Allí, en un ángulo, junto al estribo del monte, se alzaba uno de los castilletes que defendieron la villa contra las tropas carlistas. Estaba medio atrinidado, y nadie lo aprovechaba. Todo lo transportable y utilizable había desaparecido, y del torreón sólo quedaba el cilindro de argamasa, incrustado de ásperas piedras desiguales. La puerta negreaba en la gris penumbra de aquel crepúsculo otoñal.

Al ver el castillo, la Rodila gruñó entre dientes palabras vanas. Ahuyentando algunos pájaros nocturnos, entró la mujer en el torreón dejó los lios de trapos, tornó a salir, regresó al pueblo, cargó con los colchones que una mano enemiga empapara en agua, tapó con guinapos puerta y grietas, y acurrucándose en un rincón se durmió profundamente, mientras el vuelo de las aves desposeídas trazaba silenciosas espirales en torno del castillete.



PRECIOSA MOÑA, REGALO DE LA SEÑORA DE URCOLA

De tal modo se instaló la Rodila, y la novedad de semejante instalación, llevando a unos cuantos a visitar a la Rodila, procuró a la hembra medios para pasar algunos meses.

Poco a poco perfeccionó Cleta su nuevo hogar. Unos maderos viejos cerraron la puerta, otros las ventanas, y la Rodila contemplaba aquellos recios muros protectores llena de satisfacción.

La malevolencia del pueblo se exacerbó más ante la conducta de Cleta, que parecía desafiarla, y una tarde, cuando volvía a su castillo la Rodila, unos guijarros golpearon su espalda con ruido mate. La mala mujer corrió asustadísima hasta el torreón y espació sus salidas, rodeándolo de grandes precauciones, pues su instinto rudimentario la prevenía contra alguna desgracia.

Una noche de Enero, una noche estremecida por la helada que hacía palpar el aire encalmado, la Rodila oyó a unas voces repetir su nombre. Por una de las grietas miró al exterior y vió a varios mozos que se acercaban al castillete:

—¡Eh! Rodila—gritó uno—, abre, que traemos vino.

—Y aguardiente—añadió otro—, abre, tía bruja.

La mujer desatracó los maderos y entraron los mozos. Eran cuatro, lo peorcito del pueblo, y venían casi borrachos. La Rodila los miró con inquietud, casi con susto, pues la experiencia de su triste vida la ponía en guardia contra los borrachos.

—¿Qué querís?—preguntó, alejándose algo de uno de ellos que la apesaba por un brazo.

—Fagírate—rió el mozo—, fagírate que quedemos.

Mientras tanto, los otros destapaban un botellón de aguardiente, y agarrando cinco grandes vasos de tosco cristal turbio, los llenaban hasta el borde. Después bebieron, y la Rodila bebió también.

La dulce oleada caliente del alcohol alejó el miedo de la mala hembra. Vaso va, vaso viene, se vació el botellón, se secaron las botellas del vino, y para completar la fiesta, la Rodila pasó de unas manos en otras, aturdida, inconsciente, mientras los mozos aullaban cantando romances



CUADRO REGALADO POR SANCHEZ SOLA PARA LA RIFA.—CORRESPONDÍO AL N.º. 2.607



MACHAQUITO ENTRANDO A MATAR

ingenuos, interrumpidos por sargas de palabrotas.

De pronto, uno de los gañanes tuvo una idea. Contemplando a la Rodila que yacía medio desnuda en un rincón, les dijo a los mozos: «Oir, vamos a atarla, pa que duerma tranquila».

Los otros asintieron y, rasgando una manta, ligaron con las tiras los pies y las manos de la borracha. Sumida en la penumbra del alcohol, la Rodila no se movió. Dormía sosegadamente, y por los desgarrones de su corpiño se veía al pecho alzarse rítmico, tranquilo.

Al verla en el suelo, hecha un saco, los mozos se echaron a reír.

El que propuso atarla, dijo: «¿La sacamos fuera? Así se refrescará.»

«Andando» respondieron los demás, alzando a la mujer aletargada.

Salieron. Una vez en el prado, el frío de la noche los envolvió a todos. Cansados de portearle, los mozos soltaron de golpe el cuerpo sobre la tierra helada.

Luego los mozos rieron un rato junto a la mujer dormida, y después se fueron, riendo siempre con carcajadas relinchantes. Al entrar en el pueblo, uno de ellos volvió atrás la vista, y contemplando un nubarrón que resbalaba sobre el monte, dijo a los otros: «Veréis como nieva en un poquito.»

Nevó aquella madrugada, y al día siguiente y al otro. Amainó el temporal, y una tarde unos arrieros encontraron el cuerpo de la Rodila junto a su castillo. Estaba atada de pies y manos, y sus senos rígidos agujereaban la nieve con sus puntas morenas. Aquella muerte se comentó mucho en el pueblo, y como nadie pudiera explicarse el por qué de las misteriosas ligaduras, algunas comadres dictaminaron que el diablo era quien había atado y abandonado así a la perversa Rodila, pues es sabido que Satanás no paga de otro modo a cuantos le sirven.

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

### DESMEMORIADA

Mientras los papás comentan apasionadamente las últimas declaraciones de Balfour sobre el problema de Marruecos y convienen unánimes en la inmediata é inevitable ruina de la patria, y las mamás se deleitan recordando las hermosísimas conferencias de los Luíses, y las señoras jóvenes se pierden voluptuosas en una interesante crítica de los sombreros que acaba de recibir de París Sagrario Luna, y los pollos dirigen a las muchachas miradas expresivas, y las muchachas piensan, aburridas, que sería mucho más positivo y mucho más alegre levantar la tapa del piano y dar cuatro saltitos sobre la alfombra, los niños hablan. También los niños tienen cosas que decirse. A veces, mucho más interesantes que el problema de Marruecos y que las conferencias de los Luíses.

Sentadas en un rincón están dos chiquillas encantadoras, serias y formales, con esa triste gravedad de los niños bien educados. La mayor, seguramente no tiene doce años. La más pequeña, es posible que pase ya de diez. Las dos son rubias, las dos tienen los ojos azules, las dos llevan el pelo suelto, flotando en lluvia de oro sobre la espalda, bajo las enormes pamelas de blanca paja fina, adornadas con guindas y amapolas.

Y las dos hablan. Y dicen: «¿No sabes quién ha muerto ayer?»

—¿Quién?  
—Pascualín García.  
—Pascualín García... Pascualín García... no le conozco.  
—Sí, niña, un muchacho que el verano último, antes de marcharnos a San Sebastián, iba algunas mañanas al Parterre a jugar con nosotras...  
—No recuerdo.  
—Un niño vestido de marinero, delgado, rubio, muy pálido, que iba con su abuelita, una señora muy arrugada, muy arrugada.  
—Te digo que no caigo.  
—Que sí, mujer, un niño que estaba siempre triste, como si alguien le hubiera dicho que se iba a morir pronto.  
—Vaya, hija, que no me acuerdo.  
—¡Jesús, qué niña más desmemoriada! ¡Pero si te tienes que acordar!  
—Pues no me acuerdo, ¡lea!  
—Vamos, haz memoria. ¿No te acuerdas de un niño muy fino y muy amable que nos obsequiaba con bombones y con barquillos?...  
—No, no me acuerdo.  
—Que nos escribió postales.  
—¡Jesús, qué pesadez! Te digo que no me acuerdo.  
—Un niño que una mañana... que una mañana (poniéndose muy colorada y mirándose las puntas de los dedos), jugando a los novios, me eligió a mí, porque dijo... porque dijo... (sin atreverse a levantar los ojos, toda ruborosa), que yo era mucho más bonita que tú...  
—¡Ah! Ya me acuerdo. Qué niño más antipático, ¿verdad?

P. M.

### EL ELOGIO DE LA PALABRA

Con motivo de una traducción castellana de un discurso de Juan Maragall.

El gran poeta ha dicho un bello discurso ante un público de artistas catalanes. Su discurso estaba escrito en catalán, en esa lengua, acaso un tanto ruda, pero que empleada por Maragall, por Verdaguier, por Rusiñol, se creería el más dulce y musical de los idiomas. Y es que los poetas hablan—dentro del idioma de su país, que todos hablan—en una manera, en un tono diversos, y es como un dialecto propio que todos entienden y que sólo a ellos es dado hablar.

El discurso de Maragall versó sobre un tema de elección, y fué: «El elogio de la palabra.» Porque «en el principio era la palabra, y la palabra estaba en Dios».

Maeterlinck ha dicho la grandeza del silencio. Hoy, Juan Maragall nos dice las profundas y maravillosas virtudes de la palabra, de la palabra íntima, que nace en el silencio del corazón. Grande es el silencio, porque en él se depuran todos los sentimientos, y todas las grandes obras en el silencio germinan; la palabra que nace en el silencio es la más grande de todas y es la única que encierra significación profunda. El silencio da el ritmo y la medida, y por él es bello ese arte sublime de la música, y por él es encantador y supremo ese milagroso hablar de los poetas.

Y este gran artista y artífice de la palabra, que ha sabido hacerla resonar en bellos periodos de música y vibrar en canciones luminosas; que ha pronunciado palabras «vivas», de las que se dicen con un poco de fiebre, este hombre nos revela los misterios de esa bella cosa que es la palabra. ¡Y qué bien ha penetrado esos misterios, y con qué noble tono los dice! Antes de hablar «se ha estremeado». «Así hablan los poetas.»

Se lee ese discurso de un modo religioso, porque está escrito por un alma grande y enamorada de todas las cosas bellas; la muda impresión que las cosas bellas le producen cristaliza más tarde, y surge en vocablos sinceros que vi-



EL MAESTRO CHUECA

ven una vida de admiración. Y así «sabio é ingenuo» al propio tiempo, el poeta habla, con la ingenuidad del campesino familiarizado con las cosas que ve constantemente, y que son para él un solo vocablo, en el que se encierra la significación del mundo.

Iba una vez Maragall por el Pirineo. Era la hora del medio día. En aquella soledad, «sólo cantaba el viento con su grito interminable». Perdió la ruta y fué a preguntar a un pastor que sentado junto a la olla humeante vió a lo lejos. «Y el hombre, que era como de piedra, giró los ojos en su rostro estático, alzó con lentitud el brazo, señalando vagamente». Y dijo: «Aquella canal...» ¡Qué hermosas las dos palabras entre el viento gravemente dichas! ¡Qué llenas de sentido y de poesía!

El canal era el camino, el canal por donde las aguas que han caído de las nubes se van deslizando. Y no un canal cualquiera, sino «aquel» canal, el que él conocía especialmente entre todos los otros por su fisonomía característica y propia; aquel canal era algo que tenía un alma, era, «aquel canal...» ¿Veis? Para mí, esto es hablar.

En otra excursión por las alturas pirineicas en que se habla el provenzal—lengua de trovadores y felibres—, se encontró con una niña que tenía «voz de hada», y le pidió que le dijere «cualquier cosa» en su idioma, y ella, toda admirada, señaló al cielo estrellado, y dijo así: «Lis esteles...», y me pareció que también eso era hablar.

Esas palabras, para Maragall tan llenas de misterio y, por lo tanto, de vida, «nacían de la palpación rítmica del Universo». Por eso sólo el pueblo inocente puede decirlas, y por eso el poeta puede decirlas también.

Y un momento llegará en que los hombre todos se entiendan; no porque se llegue al idioma universal, sino porque se acerca el reinado del alma universal. «Todos hablarán con voz nacida en la tierra de cada uno, y cada uno se entenderá con quien haya de entenderse; pero cuando hable desde el fondo del alma con amor, se hará entender de todos aquellos que en encanto de amor le escuchan; porque ocurre en el amor que entenderá medias una palabra es entenderla más que entenderla del todo; y este es el único lenguaje universal».

¡Gran enseñanza para nuestros oradores! La juventud intelectual de Castilla admira fervorosamente al maestro de Visiones y cantos.

Prueba palpable de ello es la limpia y correcta traducción publicada en estos días del Elogio de la palabra.

CRITÓN



UN PALCO DE LA PLAZA... MARIANO DE CANTO, JUBILADO EN CANTIDAD DE «SOBQUILLO»

### EL GRÁFICO



PASACALLE DEL MAESTRO CHUECA... ACTIVO DE LA CIRCA DE LA PORNIA



EL 'BOMBITA' DE LA ELOCUENCIA HACIENDO LIMPIAR SUS BOTAS ANTE UNA MUCHEDUMBRE DE ADMIRADORES

ELEFANTE AJUSTICIADO

Es sabido que, durante la Edad Media, en muchos países de Europa, especialmente en Francia y también en España, se condenaba á muerte á los animales «culpables» de muertes, atropellos ó estragos. Pues bien; ahora es en la culta América del Norte donde se ha reproducido esta escena medieval, pues el célebre «Topsy», inteligente paquidermo que durante veinticinco años entretenía los públicos yanquis, ha sido sometido á la electrocución, como cualquier feroz criminal. Africano de origen, fué un bonachón paquidermo en el principio de su «carrera», pero con la edad fué adquiriendo ma-

licia y empezó á cometer desafueros. La primer «tontería» que se le ocurrió fué en Texas, donde, por algún rencor, aplastó á su guardián contra la pared, convirtiéndolo en obleta. Al siguiente año de 1891 hizo lo mismo con el segundo guardián que le pusieron. Y por fin, á fines del último Mayo, bailó un lindo zapateado sobre un empleado del circo donde trabajaba, con tanta fortuna, que también le redujo á papilla. Es cierto que el «scoutable» mataba sus ocios quemándole la trompa con el cigarró; pero, en fin, desde entonces, se consideró peligroso á «Topsy», y fué decretada su muerte. Pero ésta representaba una gran pérdida metálica, y los empresarios convinie-

ron en constituir con ella un espectáculo, y emocionante, porque el elefante tenía una talla más que regular, pues medía 2,75 metros de alto, siendo bien proporcionado y forzudo, además de muy mal intencionado. Se escogió un sitio amplio en uno de los alrededores de Nueva York, en Coney Island, y ante dos ó tres mil espectadores, que habían pagado á muy buen precio su asistencia, se preparó el lugar del suplicio, y, por medio de la electricidad, fué muerto, amarrándole á cuatro enormes postes, á los que se unieron dos electrodos, que establecieron una corriente de 6.000 voltios. Durante unos dos ó tres segundos, el «criminal» se balanceó sobre sus piernas y después cayó dulcemente, como fue sagada, según afirma una de las muchas «misses» sensibles que asistieron. Por el caso faltaba la electricidad, antes se lo habían administrado varias inyecciones de cianuro de potasio.

MODA DE PRIMAVERA



CONFECCION DE MADRE PÉLAEZ

PASATIEMPOS

CHARADA

Cuarta tercera cuanto quiera—me dijo dos dos tres dos tres cuatro tres dos grave,—pero yo le aseguro que en la primera tercera cuarta de dos años tres primera, hay una dos primera que sirve á la mesa mejor que una criada. —Toma! Toma! Hay otra en dos todo que toma medidas á los parroquianos!

IGUALDAD

1 2 3 = 3 2 1
1 2 3 4 = 4 3 2 1
1 2 3 4 5 = 5 4 3 2 1

Sustituir los números por letras, de modo que subsistan las mismas igualdades, siendo la primera metal, la segunda letras y la tercera célula escrita.

ANAGRAMA

DOÑA PETRA SIRAS
EN
REUS

Averiguar el título de una novela francesa muy conocida.

Solución á los pasatiempos de ayer: A la charada: MA-DA-RIA-GA. A la copa numérica:

- TERÓPILAS
PARÁLISIS
TERMALES
MORTERO
MÁRTIR
MORÉT
SAPO
POR
GAL
LILA
MORAS
PISAR

El Gráfico

DIARIO ILUSTRADO DE LA NOCHE

10 céntimos número

SUSCRIPCIÓN: 2,50 pesetas al mes en Madrid y en provincias. Unión postal: 20 pesetas trimestre.

Imprenta y talleres de fotograbado, galvanoplastia y estereoscopia de EL GRÁFICO Calle del Marqués de la Ensenada, núm. 8.

Folleto de EL GRÁFICO (4)

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA

H. G. WELLS

EL ESCRITOR MÁS POPULAR HOY EN INGLATERRA

DIBUJOS DE SIMONET.—TRADUCTOR: VICENTE VERA

Ello es que el nacimiento prematuro de su invención ocurrió justamente en el momento en que mi amigo estaba á la mitad de camino entre su taller y mi albergue, adonde se dirigía con objeto de tomar té juntos y conversar conmigo. Recuerdo las circunstancias con una vivísima claridad. El agua para el té estaba dispuesta para cuando Mr. Cavor llegase. Percibí el ruido de sus respaldos famosos; levanté la cabeza y distinguí su silueta, destacándose negra sobre el firmamento iluminado por la puesta del sol, y, más lejos, hacia el valle, las chimeneas de su taller, que se elevaban sobre un grupo de árboles cubiertos de hojas. En lontananza se dibujaban las colinas de Wesiden, indecisas y azuladas, mientras que, á la izquierda, la niebla se extendía ancha y brumosa. De repente... las chimeneas, hechas mil pedazos, volaron hacia el cielo, seguidas de la techumbre del taller y de todo lo que en éste se encontraba. Luego se elevó una inmensa llama blanca; los árboles se inclinaron, se entoscaron, y pedazos de las ramas se elevaron entre las llamas. Un estampido inmenso me dejó casi sordo de un oído y todas las ventanas de mi vivienda se hicieron mil pedazos. Di tres pasos fuera de la baranda que rodeaba mi pabellón y en dirección á la casa de Cavor, cuando, en el mismo instante, sentí como una impetuosa galerna que me arrebatara. Los faldones de mi gabán cubrieron mi cabeza, y yo mismo, contra mi voluntad, me vi cogido por el viento y obligado á avanzar, dando saltos enormes, al encuentro de mi amigo. En el mismo momento en que ésta, cogido también por la fuerza del viento, era bamboleado en todos sentidos, y por último lanzado como lo fuera una pelota á través del espacio. Una de las chimeneas de mi pobre albergue fué también derribada, lanzada al aire, y cayó hecha pedazos á seis pasos de mí. Sin yo darme cuenta de lo que me ocurría, y como impulsado por una fuerza irresistible, me dirigía á grandes saltos hacia el foco de la conflagración. Mr. Cavor, entretanto, agitando en el aire sus cuatro extremidades, cayó al suelo, rodó varias veces sobre sí mismo, trató de ponerse en pie, y fué, por último, arrebatado con una velocidad enorme, desapareciendo entre los árboles que se agitaban y se retorcieron en las inmediaciones de su casa. Una gran masa de humo y de cenizas y una pieza cuadrada de una substancia azulada y brillante se elevaron hacia el cielo. Un gran trozo de una valla que venía volando por los aires cayó cerca de mí, aplastándose contra el suelo. Con esto, la

conmutación cesó. Aquella tromba aérea, subsiguiente á la voladura del taller, había pasado, y pude ya, con dominio de mí mismo, mantenerme en pie y respirar al ver que el peligro había cesado. Volví entonces mi espalda al viento, me detuve y traté de coordinar mis ideas. En pocos segundos, la faz entera de las cosas había cambiado á mi alrededor. La tranquilidad del firmamento, el tiempo del ocaso del sol, había desaparecido; el cielo se presentaba obacurecido por nubes amenazadoras, y todo el ambiente se hallaba trastornado, agitado por la tempestad. Dirigí una mirada hacia atrás para ver si mi pabellón se hallaba aún en pie; después avancé rápidamente hacia el grupo de árboles por donde había desaparecido Mr. Cavor, y á través de las ramas desnudas, ya de hojas y medio abrasadas, distinguí aún las llamas de la casa incendiada. Al ver aquello seguí avanzando, saltando sobre los troncos ardiendo interpuestos en mi camino; pero mis investigaciones para encontrar á Mr. Cavor fueron vanas durante mucho tiempo. Al cabo de un rato, y cuando mis zozobras habían ido cada vez en aumento, en medio de un montón de escombros y ramaje, formado contra uno de los muros del jardín, distinguí una cosa que se movía. Corrí hacia allí; pero antes de que llegase, una masa oscura se irguió sobre dos piernas llenas de lodo, y dirigió hacia mí dos manos aplicantes y ensangrentadas. Algunos restos de vestidos flotaban aún, al impulso del viento, alrededor de esta masa indefinible. Por un momento no pude reconocer en aquella masa, cubierta de polvo, barro y cenizas, ni aun la figura de un hombre; pero, al fin, vi que era Mr. Cavor en persona, todo cubierto del lodo arcilloso sobre el cual había rodado. Inclinóse contra el viento y se frotó los ojos y la boca para desembarazarse de la tierra que le recubría; después, á mis gritos, me tendió una especie de muñón, porque aquello no era mano, y dió algunos pasos hacia mí. La cara, casi recubierta por la arcilla, estaba además completamente trastornada por la emoción. Su aspecto total, en fin, era tan lastimoso, que inspiraba verdadera compasión; de suerte, que puede juzgarse cuál sería mi asombro cuando, en estas circunstancias, al llegar á su lado, las primeras palabras que me dijo fueron las siguientes: —Felicitame usted, felicítame usted! —¿Que le felicite! ¿Y por qué? —Porque ya está aquello. —¿Aquello? Pero ¿qué demonio ha podido causar esta explosión?

Un golpe de viento se llevó su respuesta, pero me pareció adivinar que me decía que no había habido tal explosión. Otra ráfaga me impulsó contra él, y permanecimos por algún tiempo uno apretado contra otro. —Hagamos por ir á mi casa—le grité al oído con todas mis fuerzas. Pero no me oyó, y, á su vez, me dijo algo de lo que sólo entendí algunas palabras sueltas. «Tres mártires...» «La ciencia», y algo así como: «No muy buenos del todo.» Por lo que pude calcular, se refería á sus ayudantes y estaba entonces bajo la impresión de que los tres habían perecido en la tromba. Más tarde averiguamos que, felizmente, no había sido así. Tan luego como su patrón hubo salido del taller, los tres se dirigieron á la única taberna de Lympne, para discutir la cuestión del cuidado del horno entre trago y trago. Repetí á Cavor la invitación de ir á mi albergue, y esta segunda vez me comprendió. Nos agarramos como pudimos, y, cogidos del brazo, fuimos caminando para refugiarnos en lo que me había quedado de habitación. Todas las ventanas y vidrieras habían sido hechas pedazos, y los muebles más ligeros se hallaban en desorden por todas partes; pero, en realidad, no encontré desastres irreparables. Por fortuna, la puerta de la cocina había resistido; de suerte que mis víveres no habían desaparecido en la catástrofe. La estufa continuaba ardiendo, y puse en ella agua á hervir para hacer el té. Después nos sentamos en mis butacas rústicas, y descansamos un rato. Ya entonces, con más calma, me volví á Cavor y le pedí una explicación. —Los resultados han sido exactos—me contestó—. Mis cálculos han sido perfectos; el descubrimiento está hecho, y todo va perfectamente. —¿Que va perfectamente!—protesté yo—. ¿Cómo puede usted decir eso, cuando no ha quedado títere con cabeza, ni edificio liso en veinte millas á la redonda? —Sí, es verdad; pero el invento ha salido perfectamente. No había previsto, por supuesto, este ligero contratiempo; mi inteligencia estaba ocupada con otros problemas, y sabe usted que yo suelo fijarme poco en el lado práctico de las cosas. Pero insisto en mi tema, y estoy muy contento; la cosa va bien. —Pero, mi querido Mr. Cavor—le grité—, ¿no ve usted que ha causado miles de libras esterlinas de destrozos y que tendrá usted que pagar los daños y perjuicios? —Para todo esto me remito á la discreción de usted. Yo no soy un hombre práctico; pero, ¿no cree usted que la gente considerará todo esto como un accidente? —Pero, ¿y la explosión? —No ha habido tal explosión. Lo que ha sucedido es muy sencillo; solamente que, como le he dicho, no suelo fijarme en pequeneces, en detalles insignificantes que no afectan al problema

# ¡¡Descubrimiento prodigioso!!



*¡¡Oh! Estupendo y portentoso descubrimiento. Los habitantes de la Luna usan PETRÓLEO GAL; el PETRÓLEO GAL hace crecer el pelo; luego los habitantes de la Luna echan buen pel*

principal. Esto no ha sido ni más ni menos que uno de mis re-  
soplidos, pero en grande escala. Por inadvertencia, he fabricado  
la substancia que nos trae preocupados, la cavorita, en forma  
de plancha, constituyendo una hoja cuadrada de grandes dimen-  
siones...

Detúvose un rato, como reflexionando y buscando las palabras  
más á propósito para que yo le entendiera, y luego continuó:

—Usted sabe perfectamente que esa substancia es opaca á la  
gravedad y que destruye el efecto de esta misma gravitación. ó  
sea el efecto de la acción terrestre sobre todos los objetos que  
se hallen en dirección vertical sobre la cavorita. ¿Comprende  
usted?

—Hasta ahora, sí—le contesté—. Continúe, continúe.

—Pues bien; así que el material llegó, enfríandose, á la tempe-  
ratura de 60 grados Fahrenheit, la cavorita quedó formada con su  
propiedad característica. Entonces el aire que se hallaba sobre ella  
y todas las porciones del edificio situadas por cima, en la misma  
columna vertical, cesaron de tener peso. Usted sabe perfecta-  
mente, porque todo el mundo lo sabe ya, que el aire tiene su  
peso y que gravita sobre todo lo existente en la superficie de la  
tierra, y que ejerce una presión en todas direcciones con una  
fuerza equivalente á 14 libras y media por pulgada cuadrada de  
superficie.

—Sí, ya lo sé—repliqué yo—. Continúe usted.

—Yo también estoy harto de saberlo—observó Mr. Cavor—,  
pero vea usted cuán inútiles son los conocimientos si no se tie-  
nen siempre presentes. Pues bien; quedamos en que sobre la  
gran plancha de cavorita, en cuanto llegó la temperatura á  
que ésta se hace opaca á la gravedad, la columna de aire que  
descansaba sobre ella dejó de ejercer presión, y como toda la  
masa atmosférica de los alrededores no situada sobre la cavo-  
rita continuó comprimiendo esa columna de aire, á razón de  
las 14 libras y media por pulgada cuadrada, y esta columna ya  
no pesaba, le sucedió lo que á los globos. ¿Comprende usted?  
De esta manera todo el aire existente alrededor de la cavorita  
se lanzó con fuerza irresistible sobre la columna atmosférica  
existente sobre la plancha.

Esta columna de aire ascendió, pues, violentamente á las al-  
turas; pero entonces, el aire que la reemplazó perdió también su  
peso y tonió, por la misma razón, el movimiento ascensional,  
arrastrando consigo cuantos obstáculos encontró á su paso, que,  
por estar en posición vertical sobre la cavorita, tampoco pesa-  
ban... La cosa, como usted ve, es bien clara. Se formó de esta  
manera un tiró como el de las chimeneas, pero intenso, formi-  
dable, y si la plancha de cavorita no hubiera estado suelta y no  
hubiera sido arrebatada también por la corriente ascendente,  
ésta le hubiera ocurrido lo que á los globos.

—Supongo—le contesté, después de meditar unos momentos—  
que el aire de todas las alrededores hubiera continuado acu-  
diendo allí y ascendiendo sin cesar sobre esa hoja infernal.

—Precisamente—me contestó—; se hubiese formado una fuen-  
te ascendente de aire atmosférico de dimensiones inmensas y  
funcionando continuamente.

—Mesurrista! Ahora comprendo! Entonces toda la atmósfera  
terrestre hubiera ido afluendo hacia aquí para ser lanzada á

los espacios, y el Globo entero se hubiera quedado sin aire; es  
decir, la muerte de toda la Humanidad, y todo por ese trozo de  
substancia!

—Precisamente. Perder la tierra toda su atmósfera en absolu-  
to, no es la expresión correcta; pero, para los efectos prácticos,  
así hubiera sido. El aire hubiera vuelto á nuestro Globo; pero



entretanto, todo ser viviente habría perecido, y para nosotros  
como si no hubiera vuelto.

Yo me quedé estupefacto ante la inmensidad del riesgo que  
habíamos corrido y del que por milagro nos habíamos salvado.  
Por el momento no pude pensar en que, con aquel desastre, to-  
dos mis cálculos y todas mis esperanzas fundadas en la fabrica-  
ción de la cavorita quedaban destruidos.

## CUADERNOS DE MATEMÁTICAS

Con arreglo al programa de ingreso  
en la Escuela Especial de Ingenieros de Minas  
POR

MANUEL GARCIA NUÑEZ  
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

El autor de la expresada obra abre un concurso de preparación, limitando los  
alumnos á diez solamente, sin que por ningún concepto exceda de dicho número.  
Esta preparación reúne las condiciones de las clases particulares, permitiendo  
que cada alumno quede suficientemente atendido, y las ventajas y estímulos de  
las clases generales.

Calle de la Cruz, 16, segundo izquierda. Horas, de 6 á 7

## “LOS TIROLESES,” EMPRESA ANUNCIADORA

Rápidas propagandas  
Anuncios en todos los periódicos del mundo

GRANDES DESCUENTOS  
COMBINACIONES VENTAJOSAS PARA LOS SRES. ANUNCIANTES  
PUBLICIDAD EN TODOS LOS SISTEMAS CONOCIDOS  
PIDANSE COTIZAS

OFICINAS  
CONDE DE ROMANONES, 7 Y 9, ENTRESUELOS

**LA UNIVERSAL**  
Agua vegetal, higiénica é inofensiva para teñir las  
canas. Devuelve al cabello blanco con toda perfección el  
natural color castaño ó negro primitivo; destruye la caspa  
y comunica un delicioso perfume. De venta en todas las  
droguerías y perfumerías. Por mayor, G. García, Martín y  
Durán, y en la perfumería de MORENO.  
35, MAYOR, 35.—MADRID

## 5.000 ptas. de regalo

á los consumidores de la inmejorable  
AGUA DE COLONIA DE B. F. SENOVILLA

Al poseedor de la botella cuyo número estampado en el rever-  
so de la etiqueta sea igual al favorecido con el premio mayor de  
la LOTERÍA NACIONAL del sorteo que se ha de celebrar el 23 de  
Diciembre de 1904, se le regalarán CINCO MIL pesetas, que  
podrá hacer efectivas ante Notario en la Fábrica de Perfume-  
ría de B. F. Senovilla, 1, Alonso Heredia, 1, MADRID. De  
venta en las principales casas de Madrid, provincias y extranjero.

## DIBUJOS PARA HACER COLCHAS, CUELLOS

Stores, brise-bise, mantelerías, estolas, albas, etc.  
ENCAJE INGLÉS, RICHELIEU, BOMILLOS

Malla y toda clase de labores de señora se envía á provincias.  
J. Bautista, Eguilaz, 3, principal izquierda (esquina á Sagasta),  
Madrid. Se envían tarifas gratis á quien las pida.

(Continuará)